

# IGNACIO AMESTOY INAUGURA EL PEQUEÑO TEATRO GRAN VÍA CON RONDÓ PARA DOS MUJERES Y DOS HOMBRES

---

Magda Ruggeri Marchetti

El teatro de Amestoy presenta una rica tipología de mujeres que desarrollan una gran variedad de funciones dramáticas. En sus primeros dramas la mujer vasca es la más presente y en particular la *etxeko-andre* que tiene la misión de salvar el caserío. Al lado de ellas aparecen las mujeres destructoras (Ederra, Txakurra, etc.), personajes telúricos que terminan aniquilándolo todo y tras las cuales algunos críticos han visto al terrorista vasco. Otras obras tratan argumentos de inspiración histórica (*La reina austriaca de Alfonso XII*; *Dionisio Ridruejo. Una pasión española*; ¡*No pasarán!* *Pasionaria*; etc.)

Las últimas, una tetralogía, están centradas en la condición femenina actual, contemplada desde una perspectiva feminista. Se trata de *Cierra bien la puerta* (galardonada con el premio Nacional de Literatura Dramática) que presenta el conflicto generado por el trabajo de la mujer en el seno de la familia y en particular el abandono en que se encuentra una hija, siempre a la espera de la madre, que intenta mantenerla fuera de su mundo laboral, pero al final la joven sabrá tomar las riendas y hacer su vida como otras tantas adolescentes (Elvira, Basili, etc.) del teatro de Amestoy.

Forman parte también de este grupo *De Jerusalén a Jericó*, exaltación de la lucha de una mujer moderna que, siguiendo las líneas educativas más actuales, consigue evitar la marginación de la hermana discapacitada; *Chocolate para desayunar*, historia de la tardía liberación de una madre sometida primero a su marido y luego a sus hijos, y *Rondó para dos mujeres y dos hombres*.

Esta última trata de los celos profesionales en la pareja. Sara Sastre es una magnífica violinista que ha dejado de actuar por haberse casado con un financiero. Ha seguido practicando en casa y ha dejado los conciertos aun siendo una gran promesa de la música. El matrimonio entra en situación crítica cuando ella decide volver a ejercer su profesión y se siente atraída por el director del cuarteto, con el cual termina por formar pareja, después de haber dejado a su esposo. Con su participación el grupo se ha relanzado y multiplica el número de conciertos. Entonces estalla la competición entre Sara y su compañero, que no quiere que ella le sustituya cuando se retire, porque «su trono» debe ser ocupado por una estrella masculina. Este conflicto dará al traste con la unión. Pero la violinista y su amiga y representante se dan cuenta de que pueden seguir solas triunfando en los teatros del mundo y la obra termina con una gran carga optimista: Dice Sofía: «... no creo en milagros. Pero sí creo en nosotras».

La obra está perfectamente construida y dividida en dos actos. En nuestra opinión esta pausa era necesaria y podía subrayar mejor la ironía que encierra un género como el de la alta come-

dia. En efecto, entre el acto primero y el segundo transcurren quince meses y la situación ha cambiado totalmente aunque el conflicto mayor es siempre la imposibilidad de la mujer de triunfar sin despertar la envidia y los celos del hombre. Lo comprendemos a través de diálogos vigorosos y fuertes, pero al mismo tiempo ágiles y veloces que dibujan escenas en las cuales, a veces, la ironía suaviza las fuertes tensiones.

El autor introduce cuatro monólogos en que los personajes salen de sí mismos y se distancian de la anécdota para darle un sentido más universal. En ellos se establece siempre una comparación con los perros (el director Francisco Vidal lo ha subrayado empezando la obra con ladridos), sin duda por ser el animal más cercano al hombre. Víctor en sus reflexiones divide a los seres humanos como los perros, descendientes de lobos o de chacales, poniendo esta etiqueta a cada personaje de la comedia. Naturalmente él se considera lobo jefe, pero su antagonista no puede ser más que chacal: un siervo. Es evidente aquí el recuerdo de la teoría del famoso etólogo, premio Nobel, Konrad Lorenz.

Como siempre Amestoy define muy bien los caracteres y los actores los encarnan con ductilidad. Rosa Mariscal, en el papel de la violinista, se sitúa en la línea dramática desde el principio porque es ella quien sufre en su carne la violencia del hombre, primero considerada como un objeto para lucir y después envidiada por su triunfo. Chusa Barbero es Sofía, la representante de los artistas que siempre encuentra la nota irónica para disolver tensiones. Diego Martín, el marido, es un frío financiero sobre el que juega el primer violín, Roberto Ibáñez, su antagonista. Es este el clásico figurón del teatro, apasionado, exagerado y divertido. El público de la tarde de un sábado acogió con entusiasmo la representación y premió a los actores con calurosos aplausos.